

## En el centenario de la Batalla de Verdún

«[...] Par comparaison avec le temps mis par les troupes alliées à descendre les Champs-Élysées lors du défilé de la Victoire, environ trois heures je crois, j'ai calculé que, dans les mêmes conditions de vitesse de marche et de formation réglementaire, le défilé des pauvres morts de cette inexpiable folie n'aurait pas duré moins de onze jours et onze nuits. Pardonnez-moi cette précision accablante».

*La Vie et rien d'autre* (película de B. Tavernier, 1989)

Una Europa en la que el drama se ha convertido en realidad cotidiana, asolada por la amenaza del terrorismo global y atenazada por la posibilidad de que el Reino Unido abandone la Unión, conmemora estos meses la que fue quizás la principal y la más sangrienta batalla de la I Guerra Mundial: Verdún. Tras las celebraciones y los discursos de 2014, cuando se cumplió el primer centenario del comienzo de aquel conflicto, la realidad se impuso a la memoria, y el recuerdo de aquel conflicto se ha desvanecido lentamente. Sin embargo, creemos que es importante jalonar cada uno de los dramáticos hitos de aquella guerra con análisis, reflexión y recuerdo, ya que el drama que se desató sobre Europa debe constituir un aldabonazo constante en nuestras conciencias; dado que fue el mercadeo cruel entre vencedores y perdedores el que configuró la realidad política del siglo xx hasta nuestros días.

Nuestra revista, *Razón y Fe*, fue cronista de aquel conflicto, y uno de los medios que con mayor precisión ofreció noticia a los españoles de la evolución de la contienda. Un jalón singular en nuestra dilatada historia que también invita a recordar aquellos días de acero y fuego.

### Las claves de una batalla

Ninguno de los contendientes en la I Guerra Mundial hubiese podido prever, en vísperas de iniciarse el conflicto, una situación en los frentes de batalla como la que existía en enero de 1916. Todos los estados mayores habían elaborado sus planes de batalla, y todos consideraban como escenario más plausible una guerra corta y brutal, que se decidiría en unas pocas semanas en el frente occidental. Los alemanes confiaban en su dominio de lo que veían como un arte: el de la guerra. Los franceses, en su superior espíritu combativo: el llamado *Elan vital*. Unos y otros vieron frustradas sus esperanzas. El plan Schlieffen, el diseño alemán para la invasión de Francia —un monumento funesto a la precisión matemática y al gusto prusiano por la organización eficiente— fracasó, víctima de su optimismo desbocado. Los ejércitos del Káiser fueron frenados en otoño de 1914 a pocos kilómetros de París. Y lo fueron no por un espíritu francés superior, sino —como tantas veces en la guerra— por una mezcla de suerte y casualidad. Tras la batalla del Marne comenzaría a construirse en todo el frente occidental un intricado sistema de trincheras. Aquello era un empate. Alemania combatía en territorio enemigo, pero su brazo no había sido lo suficientemente largo como para llegar a París. Los franceses podían soñar aún con la victoria, y los británicos se habían probado como enemigos temibles y como aliados certeros.

La guerra se detenía en el frente occidental y Francia se desgarraba en dos. Bélgica fue asolada. El incendio de la biblioteca de la Universidad Católica de Lovaina es uno de los muchos hitos del horror que pueden desencadenar los hombres cuando se convierten en ejército invasor. Con la guerra de movimientos restringida al frente oriental, todos los planes de los cuarteles generales se vinieron abajo. Era necesario diseñar un nuevo tipo de guerra para superar el *impase* de las trincheras.

La ofensiva de Verdún respondió a ese propósito. El plan del General von Falkenhayn era el cierre de la bolsa que se había formado en torno a la fortaleza francesa de Verdún. Una plaza con cuyo nombre invitaba a la épica. El propósito era una ofensiva masiva contra ella, que hiciese al mando francés concentrar más y más fuerzas en la zona, para defender la vital fortaleza. La ofensiva buscaba el desangramiento hasta la muerte del ejército galo y, en consecuencia, llevar al límite sus medios humanos. Una vez

extinguidas sus reservas y su vitalidad —se hubiese ocupado Verdún o no— el frente estaría listo para una ofensiva de penetración de las fuerzas alemanas, que condujese a París y a la victoria definitiva.

### El drama infinito

La batalla de Verdún se inició en febrero de 1916. La lógica de su evolución habría de repetirse con dramáticos resultados en el resto de las grandes batallas en el frente occidental hasta el final de la guerra. La ofensiva se inició con diez horas de bombardeo brutal de las posiciones francesas por parte de la moderna y eficaz artillería alemana. Era el comienzo de más de nueve meses infernales, que se convertirían en el equivalente a lo que fue Auschwitz en la II Guerra Mundial. Tras el bombardeo, se inició lo que acabó siendo una letanía tan conocida como inútil: el avance fantasmal de las fuerzas atacantes; en este caso las alemanas, que en el mejor de los casos lograban penetrar unos pocos kilómetros de territorio enemigo con un coste en vidas terrible. Todo antes de que el frente se cerrase, con el resultado de una carnicería inútil. Una carnicería brutal.

Aquel baile demoniaco se repitió hasta septiembre, arrojando al combate febril a cerca de dos millones de hombres. Narrar cada batalla dentro de la batalla —los ataques y los contraataques— restaría gravedad a la historia trascendental que subyace tras los combates: el drama infinito de más de millón y medio de jóvenes, apenas con edad para acudir a la universidad, prisioneros de una tragedia cuyo origen o trama desconocían por completo. La mezcla de lluvia, de pólvora y de barro, el rugido atronador de los cañones —día tras día, hora tras hora— la incertidumbre, la humedad paralizante, y la soledad de las ratas. Todo ello durante meses. La deambulación de los mutilados. Heridas —así lo declararon los cirujanos militares— como nunca antes había conocido la humanidad, y trastornos mentales que se apoderaban de los soldados para ya no abandonarlos nunca. Más de medio millón de aquellos soldados superarían la dura prueba de Verdún. Víctimas anónimas de una guerra inútil.

### En el contexto de la guerra

Von Falkenhayn fue sustituido por los generales Hindenburg y Ludendorff en el mes de agosto. Para entonces, parecía claro que el

propósito del desangre a los franceses había fracasado. Al contrario que Falkenhayn, los nuevos señores de la guerra no tendrían ya ningún freno. Era el triunfo de los hunos. La victoria de la guerra a muerte, sin ninguna posibilidad para la vida. Ambos generales se convertirían en dictadores de facto en el Reich, reduciendo al Káiser a una marioneta estrambótica en manos de sus mortíferos designios. Alemania comenzaba a diseñar, sin saberlo, el III Reich. A corto plazo, los nuevos señores de la guerra germanos no creían en una ofensiva que solo conservaba como tal el nombre. Simplemente la dejaron morir.

Para Francia el camino era quizás más limpio. Lejos de llevar al país al abismo de la derrota, Verdún sirvió como catalizador de la voluntad francesa de resistencia, aunque el precio fue muy alto. El "no pasarán" del general Robert Neville escondía estrategias de combate tan estériles como las de sus enemigos alemanes: el soldado como carne de cañón. Sobre él, Philippe Pétain fraguó su gloria sobre la epopeya de la resistencia francesa. El mito de Pétain fue el producto de una propaganda cautiva por la falta de héroes que ofrecer a un público hambriento de victorias. Su mejor logro fue hacer más soportable el horror haciendo que más y más soldados lo compartiesen. Creó un masivo sistema de relevos a través del cual la mayoría de los soldados franceses sirvieron en algún momento en Verdún. Se fraguaba así la leyenda de una camaradería funesta pero útil. Las rotaciones de Pétain hicieron posible el éxito de la resistencia de Francia, pero el mito del general era de papel. La carrera del héroe de Verdún acabaría en la ignominia tras liderar el régimen colaboracionista surgido en una Francia vencida tras la invasión alemana de 1940.

### La lección

No hubo aprendizaje a corto plazo, fruto de la tragedia de Verdún. Para aliviar la presión de aquel frente, en el mismo mes de julio de 1916, los británicos lanzaron la ofensiva del Somme; poco antes, los rusos habían iniciado la llamada ofensiva Brusilov contra el feble ejército austríaco. La segunda supuso el canto de cisne del ejército imperial ruso, antes del colapso que vino con la Revolución de 1918; la primera de ellas, el Somme, fue un ejercicio tan fútil como lo había sido Verdún. Cientos de miles de nuevas vidas perecerían en ambas batallas, hasta superar con mucho el millón de vidas. Y el gas se hizo presente en los

campos de batalla. Desde 1914 era un conocido frecuente en los campos de batalla. La agresividad de los componentes químicos empleados aumentó de manera exponencial durante la guerra. En sus compases finales, hizo su entrada en escena el temible gas mostaza. Mientras tanto, una aviación todavía balbuceante anunciaba una nueva era en la historia de la guerra, y Londres era bombardeada por los zeppelines alemanes. El Reich respondió al bloque aliado, que condenaba a su población a la inanición, con la terrible guerra submarina sin restricciones, y esta llevó a los Estados Unidos a entrar en el conflicto. La barbarie era ya global. Mientras que los cantos optimistas de 1914 entonaban que en una sociedad global en la que el Capital era el señor supremo, una guerra no podía ser larga; al mismo tiempo, estos cantos se ahogaban en un mar de sangre sin límites.

Todo ello en una Europa que en 1914 lo poseía todo y lo podía todo. Los imperios coloniales europeos dominaban gran parte del mundo, aupados por una economía pujante, por una intelectualidad avezada y por un liderazgo aparentemente sensato y racional. Todo dominado por una tupida red de lealtades familiares a la cabeza, que unía al Rey británico, al Káiser y al Zar como miembros de una misma familia, que podía asumir y solventar cualquier rencilla que desestabilizase el sistema. La generación que luchó y murió en la guerra era la mejor y más preparada de la historia del continente. El reflejo del optimismo y acometimiento de un continente seguro de sí mismo y de su futuro. El dominio de Europa era tan firme como profunda fue su caída. El mundo pasó de la ensoberbecida seguridad de los aristocráticos retratos de John Singer Sargent a los horrores descritos por las pinturas de Otto Dix. Estas son reveladoras, como ninguna otra obra artística, de cómo con el Tratado de Versalles fue posible la paz, pero no la concordia. El mundo caminaba ya en 1919 hacia una nueva Guerra Mundial.

### La memoria

Terminamos este editorial el día en que un partido de extrema derecha ha resultado vencedor en la primera vuelta de las elecciones presidenciales austríacas. Esa noticia es un termómetro de la necesidad de una memoria acuciante y actuante de la I

Guerra Mundial. Cien años después, Europa languidece acosada por fantasmas propios y ajenos. Un proyecto tan fulgurante como esquivo —el de la Unión— parece haber entrado en vía muerta, como lo hizo la Europa de los imperios a comienzos del siglo xx. En la encrucijada entre el *yihadismo*, la crisis de refugiados y la amenaza de una disgregación institucional, Europa aparece como un continente de demos adormecido y desorientado, presa fácil para los caudillos de la identidad, para los voceros de la seguridad que proporciona una falsa exclusividad. Empezamos a parecernos demasiado a los europeos de 1914, sonámbulos de un engañoso sueño de prosperidad, y dispuestos a lanzarnos a la pesadilla de nuestra propia destrucción.

Como en 1914, la Europa de hoy es una realidad en la encrucijada. Nuestra ventaja es, sin embargo, clara. Conocemos los fantasmas que engendran la frivolidad, el nacionalismo y la ensoñación identitaria. La I Guerra Mundial fraguó un mundo terrible de mutilados y viudas, que parió el escenario cruel de los genocidios globales la II Guerra Mundial, y la amenaza acosadora de la destrucción mutua asegurada. Esa es nuestra historia. Nuestro deber es conocer y comprender un pasado que pesa, y apuntalar sobre él un proyecto de futuro que solo puede conducirnos a la concordia; a una generosidad que no conozca límites, y a un sentimiento de profunda responsabilidad, para evitar que —en algo o en todo— repitamos los errores de hace cien años. La responsabilidad será enteramente nuestra. Y esta vez no podremos esgrimir la espada oxidada del desconocimiento.

Con todo, hay motivos sobrados para el optimismo: ya no somos aquellos inocentes de Stefan Zweig. Tenemos más historia y somos más maduros. Hemos sido los protagonistas de uno de los logros más trascendentales de la historia de Europa: el lanzamiento de un proyecto de unidad y de concordia, para dejar atrás siglos de lucha. Un motivo de orgullo y algo que no podemos permitir que descarrile<sup>1</sup>. Las enseñanzas de la I Guerra Mundial debían bastar para esclarecer el camino a seguir. Hoy, en efecto, hay motivos para el optimismo y estamos avezados ante las trampas del presente. ■

---

<sup>1</sup> Véase nuestro editorial: "La Unión Europea, premio Nobel de la Paz", en *Razón y Fe* 1369 (2012), 355-361.